

Aludiendo a la misma confrontación, el escritor cubano concretaría el sentido utilitario de lo artístico en la poesía:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida (XIII, 135).

Les une, asimismo, la interdependencia que ambos establecen entre historia y literatura —a través de ésta se llega al conocimiento de aquélla—, o su concepción del arte como moral y como programa vital que ilumina la conciencia de un pueblo. Dicho concepto haría que tanto Martí como los krausistas arremetieran contra el realismo o el naturalismo en el arte. Los krausistas negarían el valor de la escuela realista por falta de verosimilitud al exagerar lo feo. La carencia de su valor artístico se debe a que, en su opinión, es una obra de imitación y copia de lo real más que una obra de libre creación basada en la inspiración. El verdadero artista, sostiene *El Ideal de la Humanidad*, no prostituye su talento contemplando el mal gusto sino que mira el arte como un sacerdocio, elevando las almas. Y concibe el realismo en la literatura y otras artes como el signo de una sociedad «que se descompone» (pág. 261). La misma idea lanzaría Martí, quien recalcó que la escuela realista era el resultado de una época de falta de ideales<sup>9</sup>, «época de ceguedad», y proclamó en su revista *La Edad de Oro* que la función de la poética era «ser útil al mundo» y «enseñar que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea». Martí define el arte como instrumento para mejorar las almas<sup>10</sup>, juzgándolo desde una teoría moral del arte.

Martí reconocería los profundos valores eticistas que poseen los krausistas y que les mueve a la reforma de España. En el «Cuaderno de Apuntes» correspondiente a su estancia en España, hace Martí referencia al lenguaje krausista negando su verdad absoluta: «Krause no es todo verdad». Confirma la afinidad de sus criterios con los krausistas aclarando que dicha convergencia no se debe a ningún tipo de dependencia ideológica:

¡Sus ideas!

Ideas mías. La independencia racional, sólo de la verdad natural incambiable y de la deducción lógica exacta, dependiente, es muy noble y esencial condición del alto espíritu humano (XXI, 98).

Respecto al ideario ético, les acercan la filosofía del panenteísmo, la doctrina de la armonía filosófica, la creencia en la bondad innata del hombre y el pensamiento de tendencia liberal y democrática que les acarrió, a unos y al otro, el enfrentamiento con la sociedad presente o con ciertos elemen-

<sup>9</sup> Martí, no obstante, en su evolución literaria e ideológica iría decantándose hacia el realismo en el arte literario o al menos hacia su aprobación. Un ejemplo de tal actitud lo hallamos en sus opiniones sobre Galdós. Señala Martí: «Son igualmente necesarias las novelas que pintan la vida y las que con la presentación de ideales más altos que ella intentan mejorarla. Visto el caso desde este doble punto, hay campo legítimo para las dos clases de novela. Cada clase va a su objeto espacial. Lo que sucede es que hay dos objetos: y naturalmente, la que ha sido engendrada con la mira en el uno, no responde al otro. Y el que cree que uno de los objetos debe ser preferidos, o exclusivo, desdena los que responden al otro» (XXII, pág. 88).

<sup>10</sup> Todo ello queda bien reflejado en la crítica que Martí lanzará contra la obra de Espronceda, *El Diablo Mundo* o en la estima que profesará al dramaturgo español Echegaray. Adúltera, de Martí seguirá los pasos del drama de tesis de Echegaray.

tos de poder. El rechazo de las actitudes convencionales o conservadoras, o de todo aquello que suponga la pérdida de la libertad y del seguimiento de los dictados de la propia conciencia, provocaría deportaciones y expulsiones. En 1865 se abriría expediente a Sanz del Río y a Castelar por la profesión de sus doctrinas, tachadas de revolucionarias, separándoles, finalmente, de sus cátedras. El motivo fue el haberse negado Sanz del Río a hacer una profesión de fe religiosa, política y dinástica a Isabel II y a la política religiosa del momento, es decir, a la ortodoxia católica y a los dictados de la Iglesia. Martí, renunciando a su cargo, se alejaría de la ciudad de Guatemala, vista la injusticia que padeció su amigo Izaguirre, el cual había sido expulsado de la Escuela Normal por razones políticas<sup>11</sup>. La filosofía eticista martiana y krausista se rige por una misma identificación de criterios o principios que les lleva a conductas similares. La misma actitud ante la vida provocará el confinamiento o la deportación de Giner, Salmerón, Azcárate o Martí. Azcárate contribuiría a la profesión de las ideas democráticas, militando en las filas del partido liberal más avanzado y participando en la revolución de 1868. Sus ideas, krausistas, acerca de los movimientos insurrectos nos recuerdan a las ideas políticas que Martí sostuvo acerca de la «guerra necesaria», y la utilización de las armas como último recurso, una vez agotado cualquier otro medio pacífico para la consecución de la libertad. Azcárate, unido generacionalmente a Martí, organizaría famosas tertulias que contribuirían a la formación del pensamiento martiano. Les une, en fin, la negación de todo dogma; la búsqueda de la verdad, bondad y belleza; el librepensamiento y su tendencia liberal y democrática así como una misma misión, la mejora del hombre.

La misión primera del krausismo se basa en la ética del perfeccionamiento del hombre: «ser plenamente hombre», «hacer hombres», mejorándolos. Es por ello que los krausistas se dedicarían extensamente al campo pedagógico y educacional. Los partidarios del krausismo son moralistas empeñados en reformar al hombre y la sociedad. Creen en la perfectibilidad del hombre, en el progreso de la sociedad, en la belleza de la vida y en la organización armónica de la humanidad. El krausismo es, ante todo, humanismo, filosofía del hombre para su pleno desarrollo que se logrará formando hombres útiles al servicio de la humanidad y la patria. La ética martiana, en primer término, revelaría la misión de crear hombres genuinos, enteros, educándolos «en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlos», no desfigurando su naturaleza, para así conseguir «poblar la tierra de una generación vigorosa y creadora que le falta» (XVIII, 290). El tema del hombre haciéndose a sí mismo, autodidacta, la autoexigencia y la conquista personal son anhelos comunes que requieren del sacrificio —el más sano de los alimentos— para el cumplimiento heroico del deber.

<sup>11</sup> El 6 de abril de 1878 Martí renunciará a su puesto de catedrático de la Escuela Normal Central por, en sus palabras, «haber depositado el Presidente Barrios, arbitrariamente, al director, el cubano José María Izaguirre». Véase en J.M., ob. cit., t. 27, pág. 194. Una carta martiana dirigida a su amigo Manuel Mercado explica las razones: «U. sabe con qué buena voluntad vine yo a esta tierra, cómo es mi alma, cuán humilde era la posición que le pedía y cuán importante es el servicio que con mi pequeño libro le acabo de hacer: el premio de todo esto es que por ser cubano, y ser quien soy, me vea obligado a renunciar las pocas cátedras que me quedaban; a irme del país, y a hacerles sentir mi desdén antes que ellos me hicieran sentir su injusticia. —Es verdad que había una disconformidad absoluta entre su brutal modo de ser y mi alma libre (...) Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos— J.M., ob. cit., t. 20, pág. 47.

La misión primera del krausismo se basa en la ética del perfeccionamiento del hombre: «ser plenamente hombre», «hacer hombres», mejorándolos. Es por ello que los krausistas se dedicarían al campo pedagógico y educacional extensamente. Los partidarios del krausismo son moralistas empeñados en reformar al hombre y la sociedad. Creen en la perfectibilidad del hombre, en el progreso de la sociedad, en la belleza de la vida y en la organización armónica de la humanidad. El krausismo es, ante todo, humanismo, filosofía del hombre para su pleno desarrollo que se logrará formando hombres útiles al servicio de la humanidad y la patria. La ética martiana, en primer término, revelaría la misión de crear hombres genuinos, enteros, educándolos «en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlos», no desfigurando su naturaleza, para así conseguir «poblar la tierra de una generación vigorosa y creadora que le falta» (XVIII, 290). El tema del hombre haciéndose a sí mismo, autodidacta, la autoexigencia y la reconquista personal son anhelos comunes que requieren del sacrificio —el más sano de los alimentos— para el cumplimiento heroico del deber.

El campo sobre el que operaría fundamentalmente el krausismo español sería el educacional y pedagógico, aplicando métodos educativos cuyo propósito único sería la redención moral y espiritual. Forjando una generación más culta, segura de sí, digna y honrada que asegurara el bienestar espiritual y social, contribuirían a borrar la sombra que señalaba todavía a España como uno de los últimos países en el campo de la prosperidad y la cultura. Entre los principios sobre los que se asienta el krausismo descuellos la educación armónica y completa del cuerpo y del espíritu —entendido el cuerpo humano como un organismo omniarmónico—, el desarrollo de la personalidad individual y el fomento de la obediencia de la ley contra el imperio del arbitrio. El sacrificio, el patriotismo y el amor al trabajo contribuyen a crear un espíritu de tolerancia y equidad. Los presupuestos pedagógicos de *La Edad de Oro* y los expuestos en *Los mandamientos de la Humanidad* responden, abundando en lo dicho, a objetivos comunes. En el catecismo *Los mandamientos de la Humanidad* se define el fin de la educación, que no es otro que el desarrollo del hombre, perfeccionarlo, «ponerle en estado de bastarse a sí mismo», hacerle comprender su papel en la creación y en el mundo, que vea su origen y su destino, que se oriente en el mundo y conquiste su independencia. La educación en el niño es «el derecho a que se le ponga en posesión de sus fuerzas físicas, intelectuales y morales», iniciándose «en la economía de la vida terrestre» y con el objetivo de que «pueda orientarse en este mundo y cumplir la misión que le está confiada» (pág. 268). Doctrina que responde al planteamiento, misión y creación de la revista martiana *La Edad de Oro*, que explicó Martí en los siguientes términos: